

Jordi Virallonga Eguen

Avgda. Arquitecte Josep Lluís Sert, 1

J.A. GOYTISOLO OBSERVA CON LOS OJOS DE OTROS OJOS DE 08193 BELLATERRA

(JULIO CORTAZAR EN EL OBSERVATORIO)

Publicado en El Independiente el 17/5/90

A principios de febrero de 1984, José Agustín Goytisolo emprende su quinto viaje a Cuba para participar como jurado del premio de poesía Casa de las Américas, que aquel año ganó Reina Rodríguez con Para un cordero blanco. De vuelta a España pasó, como es costumbre en él, por otros países de América latina, entre ellos la República Dominicana, y ~~de ahí envió a Cortázar~~ ^{hay} ~~este poema en un buzón con la siguiente~~ ^{en la copia} nota al pie: Escribí este poema cuando, el pasado verano, Julio Cortázar me dijo que se moría de leucemia. Entonces yo le mandé el poema, para que no se muriera (y está vivo).

Recuerdo que estuve comiendo con José Agustín ~~la~~ ^{María} la mañana siguiente de su vuelta a Barcelona; me hablaba de la hermosura de Reina ~~del~~ ^{María} del sabor de su libro y del viaje que emprendía inmediatamente a Murcia para participar en una mesa redonda sobre su degeneración del 50. Yo sabía que Cortázar había muerto hacía pocos días en París pero no le hablé a Toté de ello, aún creyendo que él también lo sabía, porque entristece súbitamente y los amigos le navegan por el aire, como cumpliendo un rito cósmico. A José Agustín se le muere la gente ~~de~~ ^{creo que} cerca y es muy posible que no se haya muerto, pues puede darse que ~~no quiera creerlo, que no quiera enterarse o que realmente~~ no se entere, como cuando le sacaron un cadáver por encima de su cabeza mientras él dormía en el asiento de pasillo del avión que le llevaba de regreso a no importa dónde, pues, como los cronopios, se van más vuelven pronto, duran toda la vida. Ahora estoy seguro de que envió este poema sin conocer su muerte -debía estar visitando ingenios o triscando montes con los indios peruanos -, pues recuerdo también que cuando lo supo estuvo una tarde entera sin hablar, y se encontraba triste y solo, igual que un perro viejo, mucho más mendigo que rey, como jardín sin yerba. Alguien se lo dijo, no recuerdo, quizá Cristina Peri, bastante tiempo después. Este loco furioso increíble hace esas cosas inesperadas con sus amigos y amigas, les recita un poema por teléfono, te cuenta la otra historia de la vida, se presenta

en tu casa con un sombrero y te dice sin respeto que son tres aun con las que saques, o con un costurero horrible en forma de corazón para que nunca le olvides -una cosa así nunca se olvida -;te lleva de viaje, y uno se alegra de que ni siquiera le haya pedido permiso, o te escribe un poema para que no te mueras, así, por amor.

Julio Cortázar en el Observatorio fue escrito en agosto de 1983, cuando el poeta estaba terminando el elegíaco **Final de un adiós**. Se trata de unos versos difíciles de encasillar en ningún libro de Goytisolo, pues todo en él lleva sólo a Cortázar y a la cosmovisión del - iba a decir particular - universo. Efectivamente el barcelonés recoge la invitación de **62, modelo para armar**, a fin de crear o inventar **orificios en la red** de elementos vivos, humanos, de ciudades, que teje el argentino nacido en Bruselas y finalmente francés, para adentrarse en otro mundo, para volver a constatar que uno posee más cosas de las que conoce conscientemente.

Los nombres propios nos llevan a nociones que traen secuencias intemporales a través de tres viajes distintos que concurren en un único itinerario cortazariano. Un viaje de huellas dejadas a través de calles que son ciudades: la parisina **rue du Dragón**; la **Vuelta de Rocha**, siguiendo el recodo del riachuelo que desemboca en el **Río de la Plata** y delimita el Sur de Buenos Aires; Londres, donde habitaba Cernuda, **El cantor de sombras**; y la **Schulerstrasse** berlinesa. Simultáneamente llega el segundo, es un viaje cósmico -astronómica y astrológicamente hablando- en el que Cortázar pasa de un tiempo a otro, habitado por la misma mirada de **Jai Sing II**, quien vio pasar dos siglos antes, desde el observatorio que levantó en **Jaipur**, ese mismo astro que traza exactamente / su ruta en las tinieblas. Cortázar había escrito que una ley fuera de las leyes clasificadas decidía lo más inmediato. Por ello creía en el instinto que iba más allá de la inteligencia. El instinto es, dice, **la vía mágica, la noche oscura del alma**. En este sentido cabe decir que se traza aquí el ámbito que recoge en sí todos los viajes, aquel que inicia **la noche pelirroja** y cierra **la noche del mundo**; sin duda noche conceptualmente vecina a aquella por la que se pregunta Goytisolo en **Buganvillas reparaciones y humo**.

Por último la realidad es no sólo la pregunta que asciende

la escalera de Jaipur, sino también seguir la cinta negra hirviente de millones de anguilas / que abandonan el Mar de los Sargazos -El Caribe- flotando entre dos aguas -América y Europa- y que después de viajar treinta y seis meses asaltan ... la costa europea ... antes de regresar / al punto de partida. Aunque inverosímil - entiéndase dentro de su contexto teórico-literario -, es cierto. Las anguilas se reúnen en dicho mar, desovan, y sus larvas atraviesan el Atlántico para convertirse en angulas ante las costas de la cornisa cantábrica, en las rías vascas, de donde proceden ambos; Goytisolo por vía paterna y Cortázar, nieto de vascos, quien, extrañamente, nunca visitó este país en ninguno de sus viajes a la península. Las anguilas, siguiendo el mismo rito cósmico de los astros, regresan al punto de partida, pero no dieciocho años después, sino, y ahora enlazamos con el primer entre-guionado, dieciocho años pasados desde que empezó todo, es decir, el año 1966, El último año de la revolución triunfante, como lo llamara Carpentier, cuando debieron conocerse ambos en Cuba y se iniciaba el proceso de microfracción en la isla que, con el escándalo Padilla, evidenciaria una grave crisis en la intelectualidad de izquierda latinoamericana. Ambos permanecieron al lado de la revolución cubana y, en cualquier caso, buscando más allá para entender mejor.../ luchando a cada instante como el pez o la estrella, para demostrar desde la Historia que la vida inmediata se perfila en la fantástica y onírica realidad de lo aprehendido; porque, lo dice en el prólogo de **El Rey Mendigo**, la paradójica y emocionante condición del hombre viene dada cuando Historia, vida y literatura se confunden en su sensibilidad.

Así pues un viaje real, un viaje fantástico y un viaje al parecer inverosímil, por tierra, aire y mar; lugares, pero, contenidos por un único espacio que trasciende el hecho literario con la complicidad y la sabiduría del viaje intemporal del lector: el astronauta Goytisolo, construyendo el libro que ha elegido leer: Cortázar, fuera de todo tiempo sin aceptarse cotidiano, retornándolo a la vida que es la realidad y que es el sueño.

Jordi Virallonga

11 de mayo de 1990